

## Introducción

*José Luis León-Manríquez*

*David Mena Alemán*

*José Luis Valdés-Ugalde*

El propósito de este libro es brindar a los lectores, desde diferentes ópticas y perspectivas temáticas, una visión de los cambios en el sistema internacional en la segunda década del siglo XXI, a partir del análisis de algunos de los actores más representativos que lo conforman. Especial atención se presta al papel de la gobernanza global y a la relación que Estados Unidos tiene y tendrá en relación con otros actores del escenario mundial que previamente ya eran potencias o que han emergido en los últimos años. Tal es el caso de China, Brasil, India, la Unión Europea, Japón, o incluso la Federación Rusa. La gran pregunta de nuestra empresa académica es si, frente a la reconfiguración del sistema mundial, Washington ha experimentado un declive y qué tan intenso y profundo ha sido éste como para imaginarnos la pérdida parcial o total del influyente papel que Estados Unidos ha logrado desplegar, principalmente después de la segunda guerra mundial.

La pregunta cobra mayor relevancia en el marco de la historia de las percepciones y la ansiedad en el seno de la sociedad estadounidense, acerca de la disminución de la influencia de Washington y que, en términos de Samuel Huntington (1988-1989), tiene cinco etapas: la supuesta superioridad tecnológica soviética de los cincuenta; la crisis de los sesenta provocada por la guerra de Vietnam; el embargo petrolero de 1973; el aparente resurgimiento soviético cuando, en 1979, Moscú invadió Afganistán, y las preocupaciones económicas de los ochenta. Agregamos más hechos a este mapa del conflicto internacional relacionado con el debate auge-declinación: los atentados del 11 de septiembre de 2001 y los acontecimientos posteriores en Afganistán e Irak, ambas aventuras fallidas del gobierno de George W. Bush y heredadas al gobierno de Barack Obama. También se contempla en el análisis el “septiembre negro” de 2008, cuyo impacto negativo sobre la economía estadounidense y el sistema económico global provocó una gran fractura en la preeminencia de Estados Unidos como poder dominante del sistema mundial e impactó en la confianza del público sobre su futuro económico. Si bien Estados Unidos sigue siendo la economía más poderosa del planeta —aunque prácticamente ya igualada por China en términos de la paridad en el poder de consumo y menos competitiva en términos generales de acuerdo con las mediciones del McKinsey Global Institute— (Colby y Lettow, 2014), el protagonismo unipolar de Washington en esta materia ha declinado de forma drástica. No ha ocurrido así en otras áreas que también se discutirán en este libro (como la militar).

Desde 1945, Estados Unidos se convirtió en un gran poder de indiscutible influencia para el sistema internacional. El propósito central de Estados Unidos

era afianzar su poder y limitar el de los otros, principalmente en lo que se refiere al mantenimiento del equilibrio de poder. Así pues, su condición triunfante lo llevó a construir un sistema de alianzas con otros polos de poder (Europa occidental, Japón), desde una condición de predominancia hegemónica. Asimismo, encabezó la reconstrucción global del llamado “mundo libre” y fundó la arquitectura institucional sobre la que ha descansado desde entonces la gobernanza económica y política internacional.

El orden global, instaurado esencialmente bajo las directrices estadounidenses, se organizó para hacer posible que Washington controlara los asuntos mundiales a su manera, de tal modo que se cumpliera con los objetivos hegemónicos que, como potencia dominante, nadie pudo negarle.

A principios de los noventa, y justo tras el fin de la guerra fría, existía la sensación de que el mundo estaba dominado completamente por Estados Unidos. En el horizonte no se alcanzaba a percibir algún desafío para la hegemonía y existía una serie de razones que parecían sustentar la posibilidad de que esa unipolaridad se prolongara por largo tiempo.

Durante las administraciones de George Bush padre y William Clinton se hablaba, no sin razón, de una unipolaridad incuestionable. Una serie de decisiones adecuadas en materia económica y política contribuyó a afirmar la fortaleza estadounidense en el mundo posterior a la guerra fría. En los años noventa, Washington hizo una apuesta inteligente, volcando grandes recursos económicos hacia el desarrollo interno. La *clintonomía* trajo como consecuencia la reducción del déficit comercial y los desequilibrios fiscales, una mayor inversión en infraestructura y la promoción de los sectores más dinámicos de la “nueva economía”. Esta estrategia permitió a Estados Unidos reasumir el crecimiento económico y afianzar su hegemonía, más por el lado económico e ideológico que por la vía militar. No es casual que el auge de la llamada *nueva economía*, y las empresas que reportan sus ganancias en el índice Nasdaq hayan confluído con la gestión de Clinton. Este presidente demócrata impulsó una dinámica de “internacionalismo liberal”, entre cuyos principales elementos destacan los siguientes:

- *En el mundo.* La firma del Protocolo de Kioto, de la convención de tráfico de armas cortas y de acuerdos para restringir las armas biológicas.
- *En Europa.* Estados Unidos reavivó la Alianza Atlántica, dejando a Europa decidir en las acciones por tomar en el conflicto de Bosnia a principios de los noventa; igualmente apoyó la construcción de la Unión Europea, siguiendo la tendencia marcada desde el Plan Marshall en 1948.
- *En Medio Oriente.* Clinton forzó a Israel a negociar con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), con lo que se avanzó en los acuerdos de Madrid y Oslo, empleando el mecanismo de “paz por territorios”.
- *En Asia.* Washington buscó comprometer a China con el orden internacional, facilitando su inserción en instituciones como la Organización Mundial del Comercio (OMC); con Japón, se buscó reducir las tensiones de los ochenta y hacerlo copartícipe del orden regional en Asia.

- *En América Latina.* Se signó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) con México en 1994 y se buscó crear un área continental de libre comercio por la vía del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), mecanismo que, a fin de cuentas, se frustraría. Por criticable que resulte, el libre comercio reemplazó a la contención militar como política latinoamericana de Washington.

Al iniciar la década de 2000, el interregno clintoniano llegaría a su fin. Anteriormente, desde el flanco derecho, ya se preparaba la transición en el poder: el grupo de presión conocido como Project for a New American Century abogaba, en un documento de 1998, por una política exterior más asertiva de Estados Unidos, que incluía propiciar un cambio de régimen en Irak. Once de los dieciocho firmantes de esa carta se convertirían en altos funcionarios de la administración de George W. Bush.

Al asumir el poder en 2000, Bush tenía la sensación de que Estados Unidos estaba demasiado atado por las alianzas fraguadas por Clinton, y sus asesores etiquetaban la estrategia de la administración previa como un “multilateralismo paralizante”. Aún antes del 11 de septiembre, Bush había comenzado a ejercer un fuerte unilateralismo en su política exterior. Entre otros actos de esta renovada voluntad de confrontación, destacan la denuncia del Protocolo de Kioto (al que Bush llamó “una sensiblería”); la negativa a firmar el Estatuto de Roma que da origen a la Corte Penal Internacional (CPI); el establecimiento de medidas proteccionistas en el sector siderúrgico, que afectaban a sus aliados comerciales, así como el retiro estadounidense de las Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (Strategic Arms Limitation Talks, SALT), firmadas en 1972 con la Unión Soviética, por medio de las cuales se establecían límites para el desarrollo de misiles antibalísticos.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre constituyeron la excusa perfecta para el avance del proyecto unilateralista de Estados Unidos. Estos hechos contribuyeron a dar un giro en la política de Estados Unidos, pasando de nuevo a la primacía del sector militar. Quizá la sensación global de una supremacía estadounidense llegó a su momento cumbre después del 11 de septiembre, cuando, con el apoyo de Estados Unidos, las potencias del Consejo de Seguridad de la ONU mostraron consenso en invadir Afganistán para contestar el golpe a las Torres Gemelas y el Pentágono. Incluso Rusia y China apoyaron el discurso de combate al terrorismo, con un ojo puesto en los movimientos separatistas musulmanes en esos países.

Durante este periodo, que concluye en el inicio de la segunda guerra del golfo Pérsico en 2003, era frecuente encontrar en los medios y la academia estadounidense la idea —no errónea del todo— de Estados Unidos como una hiperpotencia capaz de conjugar diversos elementos de influencia económica, militar, cultural y política, a un grado que no se veía desde el Imperio romano; sin embargo, el deterioro progresivo de la política y la economía internacionales a partir de la segunda guerra del golfo Pérsico parece que contribuyó a erosionar la percepción de Estados Unidos como hegemonía indiscutible del siglo XXI.

Como ya se mencionó, esta percepción coincide con un proceso de pérdida relativa de poder e influencia, anunciada y prologada por diversas crisis económicas

que Estados Unidos confrontó en los años setenta y ochenta. Joseph Nye, como Huntington, abonó al debate sobre el declive estadounidense, el cual se puso en boga a partir de 1957, cuando los soviéticos lanzaron el *Sputnik* al espacio (Nye, 2011). Desde entonces, el debate sobre la erosión hegemónica ha reaparecido con cierta periodicidad, tanto en los tiempos de ajustes económicos emprendidos por el expresidente Richard Nixon, como en los de la crisis energética de los años setenta, o la crisis del déficit en los años de Ronald Reagan. Más recientemente, el debate se articula con la muy visible pérdida de control por parte del centro racional de decisiones de los hacedores de política exterior en Washington (Clarke y Halper, 2007).

Tanto Nye (hace poco) como Samuel Huntington (1988-1989) discuten que este cíclico miedo colectivo al declive estadounidense tiene un alto contenido neurótico. En todo caso, desde los noventa, la opinión pública, los analistas y los miembros de la clase política han mantenido ciertos espacios para debatir los “ciclos del declive”. Por otro lado, la psique colectiva estadounidense estaba atenta —quizá premonitoriamente— a las posibilidades de que este declive ocurriera en algún momento. La gran recesión iniciada en 2008 y la imposibilidad de la administración de Barack Obama para zanjarla de manera sostenible han reavivado este debate y han provocado que no pocos analistas pongan en tela de juicio la capacidad del país para reproducir su hegemonía ad infinitum.<sup>1</sup>

Una sensación similar ocurre en el terreno político a causa de la incorporación de nuevos actores internacionales (formales e informales). En suma, Estados Unidos enfrenta hoy un doble reto: por un lado, debe atender la emergencia de problemas a los que ya no puede ofrecer respuestas él solo; por el otro, experimenta la proliferación de entidades estatales y no estatales que desafían su poder dominante. Arribamos, así, a un momento culminante del descenso gradual del poder estadounidense, que se ha acentuado drásticamente en la segunda década del siglo xx. Algo en Washington huele a fin de fiesta.

De ahí que en este tiempo se viva un dilema: ¿cómo, en tales circunstancias, puede Washington mantener una posición de predominio?, ¿es posible que esto ocurra cuando los poderes emergentes ya no siempre cooperan con Washington dadas sus divergencias?, ¿en qué medida las nuevas potencias, como Brasil o China, se opondrían a los planes estadounidenses debido a que tienen una agenda propia, aunque no unificada, sobre varios temas, como derechos humanos, calentamiento global, reforma del sistema financiero, entre otros?, ¿hasta dónde Washington puede y quiere seguir una línea de acción que incluya una gran estrategia, si aceptase realizar cambios y nuevas alianzas —por lo demás necesarias— con contrarios que, en última instancia, afectarían sus intereses en forma negativa?, ¿hasta qué punto se mantendrían sus alianzas con socios tradicionales como Japón y la Unión Europea (UE), cuyas posturas en conflictos como Irak no han sido del todo convergentes con las de Estados Unidos?

El hecho es que en este momento no se visualiza a Washington inteligiendo una “gran estrategia” que le permita afrontar los críticos nuevos tiempos que

<sup>1</sup> Un debate reciente sobre el declive de Estados Unidos se halla en Colby y Lettow (2014).

el sistema internacional confronta, al tiempo que apoye la reconstrucción de la debilitada arquitectura institucional que hoy en día rige a dicho sistema. Las razones parecen encontrarse en que, al hacerlo precipitadamente, Estados Unidos perdería en forma más rápida su predominio aún vigente en algunos terrenos de la política internacional, tal y como parece haberlo demostrado el histórico acuerdo nuclear alcanzado con Teherán en noviembre de 2013 (¿un triunfo de la política inteligente?). Lo cierto es que la gobernanza internacional se verá limitada de manera seria frente a los retos del presente ante la necesidad de urgentes cambios de tales instituciones. Es sugerente la semejanza (en forma por demás regresiva) con los tiempos de principios del siglo XIX, cuando se celebró aquel añejo Congreso de Viena después de la derrota de Napoleón I.

Además de las grandes coordenadas en que se organiza el sistema internacional, es necesario revisar otro aspecto relevante de la hegemonía histórica de Estados Unidos: la autopercepción de Washington y su papel en el sistema internacional. Esto se manifiesta en la compleja relación histórica que Estados Unidos ha tenido al relacionarse con la “otredad”. Si esto es así, no resulta extraño que los actuales poderes emergentes hayan sorprendido al actor hegemónico y lo hayan confrontado con su propio contexto interno y externo, salpicado por crisis internas y grandes vacíos estratégicos acerca de su devenir como potencia.

El análisis de este libro se enmarca en la compleja situación internacional que parece tener a la hiperpotencia en medio de un laberinto programático para organizar su política exterior. Quizá, sobre todo, debido al entramado de intereses que ocurre en esta lucha por el poder global que ha redefinido el mapa geopolítico del mundo, se observa la ausencia de reacción rápida por parte de Washington, que no parece encontrar su papel en el mundo actual, de aquí la complejidad e importancia que encierra explorar la visión de sí mismo. Pareciera que Estados Unidos se ha acostumbrado —tanto en el plano interno como en el externo— a mantenerse como una potencia ad eternum, sin competencia o problemática alguna que se lo impida.

Las primeras acciones de poder que Estados Unidos ejerció en el sistema internacional en el siglo XIX estuvieron acompañadas de un discurso excepcionalista que lo condujeron a imponer un “orden moral” y un conjunto de reglas del juego cuya tendencia fue, prácticamente sin excepción, construir un orden sistémico global a su imagen y semejanza, con un discurso cargado de un fuerte contenido mesiánico y moralista. Con el tiempo, la tendencia a la unicidad estadounidense (muchas de las veces autoritaria, otras benigna) fue alterada y confrontada por el conjunto de variaciones del sistema global, más en particular, con las ya mencionadas y ocurridas en el primer año del siglo XXI.

Ante los cambios ocurridos desde entonces y sobre todo a partir del fiasco de Irak, hemos visto a una potencia más bien torpe y sin rumbo racional fijo. Además de proponer una discusión sobre las reformas pendientes de la arquitectura institucional que tiene la gran potencia (hoy acompañada por otras que, aunque de menor rango y calidad, ejercen un peso considerable en el sistema internacional), buscamos contribuir al debate sobre la pérdida relativa de poder de Estados Unidos y, por ende, poner a consideración su capacidad para adaptarse a las nuevas

realidades de este nuevo y desafiante momento del sistema internacional. El conflicto en la franja de Gaza y el avance en Irak y Siria del movimiento armado Estado Islámico de Irak y Levante, o Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés, o EI en español) ocurrieron en 2014. Ambos casos son ejemplos de la sorpresa que se le ha impuesto a Washington, así como de las limitaciones intrínsecas para operar su política exterior.

La actualidad nos lleva a responder con cautela ante las diferentes posiciones sobre el declive de Estados Unidos. ¿Se trata de un fenómeno absoluto o relativo? Como en todos los ciclos históricos, más aún, en el caso de los que ahora confronta un actor internacional con una cuota de poder formidable, extraordinaria y nunca antes vista desde Roma, no es pensable que la caída total de la fuerza e influencia de Estados Unidos tenga lugar en el corto plazo.

El proceso que quizá conducirá a la pérdida de poder absoluto —objeto de análisis en este libro— es aún incierto. Tanto en lo que refiere a su momento y sus características, como a los movimientos que realicen la potencia y sus acompañantes para contrarrestarlo o profundizarlo, el desarrollo será gradual y no aseguramos que tenga resultados inmediatos. Estados Unidos vive una crisis de poder generada en el seno mismo del contexto de la compleja relación entre su política interna y externa, que se tocan en forma cada vez más directa; no obstante, los indicadores económicos, militares, de innovación científica y tecnológica, de crecimiento sostenido, de infraestructura, entre otros, y los relacionados con los logros y avances relativos de su sistema político, hacen pensar que aún no es momento para hablar de una caída fatal de la influencia y el poder de Washington en los asuntos mundiales.

Incluso sin saber, como ya se ha señalado, qué tipo de estrategia instrumentará Washington en el futuro inmediato, este libro aparece en momentos en que la presidencia de Barack Obama aspira a perseguir una política que mitigue su pérdida de influencia global, al continuar con la puesta en marcha de una estrategia de “poder inteligente” (*smart power*); si bien la praxis actual es cada vez más distante de la propuesta originaria del presidente demócrata, pocas veces la política exterior había mostrado un contenido autocrítico acerca de las limitaciones del poder de Estados Unidos.

Este libro ve la luz en el contexto de una intensa lucha por el poder con signos de radicalismo extremo por parte de la extrema derecha, que ha intentado secuestrar la agenda política en Washington y ha provocado el repliegue de la política de Obama en los planos interno y externo, llevándolo a gobernar por decreto. Se trata de un conflicto ideológico en el que sectores importantes de la clase política, imbuidos por un nacionalismo ultramontano, insisten en que, para recuperarse del declive, Estados Unidos debe seguir cumpliendo con el destino excepcional que le dio origen a su poder internacional y asumir, por tanto, un perfil agresivo, ofensivo, intransigente frente a las posturas de actores de importancia como China, Irán o Brasil. De ser la última alternativa estratégica de Washington para contrarrestar su declive, la estrategia de “poder inteligente” se convertiría en una política parcialmente fallida, debido a las presiones mencionadas, neutralizando así las posibilidades de recuperación estadounidense (y con ésta la de sus aliados

Europeos, principalmente) frente a los nuevos arreglos y reformas fundamentales que urgen al sistema internacional.

El hecho de que surjan potencias con fuerza regional o mundial irá propiciando una recomposición del poder global. Hoy se observa un cambio histórico de grandes proporciones. Hace quinientos años, el orden mundial se estructuraba —desde una perspectiva occidental— a partir del dominio del Mediterráneo. Después, las potencias buscaban controlar el océano Atlántico. Nuestro siglo seguramente será el del Pacífico, pues la mayor parte de las potencias importantes estarán en su cuenca, con Estados Unidos y China a la cabeza.

Pero el enemigo de Estados Unidos no es sólo el alto crecimiento económico de China y la plausible conversión de Pekín en una potencia capaz de disputarle la hegemonía. Es, también, el desorden heredado a Obama de la economía-casino y la estrategia expansionista de George W. Bush. Los saldos de la estrategia internacional de Estados Unidos comienzan a semejarse a lo que los teóricos de la sucesión hegemónica, como Robert Gilpin o David Calleo, llaman “sobreestiramiento imperial” (*imperial overstretch*).

Maniatado por los intereses de grupos de poder que exigen una mayor presencia de Washington allende sus fronteras, imposibilitado de retirarse abruptamente de las prolongadas guerras en Medio Oriente y tentado a abrir nuevos frentes de conflicto en otras áreas del mundo, Estados Unidos enfrentaría el dilema que ha desgastado a otras potencias dominantes en la historia.

Desde los tiempos del Imperio romano siempre ha habido beneficios pero también un alto precio por el ejercicio de un poder global o, al menos, de un poder hegemónico en áreas y temáticas localizadas. Estados Unidos no ha sido la excepción. Se sabía que no todo iba a ser miel sobre hojuelas para Obama, quien en 2008 ascendió a la presidencia del país tecnológicamente más avanzado del planeta. Desde que se postuló, se le percibió como un político con virtudes, buen olfato y audacia políticas. Obama expresaba ideas frescas y un pensamiento renovador en medio de un establecimiento político desgastado, reiterativo, cuando no en creciente decadencia.

Sin embargo, los obstáculos enfrentados en los ámbitos interno y externo han ido restando fuerza al mandatario. Su llegada a la Casa Blanca implicó, como reacción, el resurgimiento de sectores ultramontanos del conservadurismo político y social estadounidense, al grado de que no es aún claro que Obama haya pasado la prueba xenófoba que éstos le impusieron. Cabe destacar que, detrás de este racismo omnipresente en Estados Unidos, se escondía el miedo a un personaje cuyo proyecto reformista podía afectar los grandes intereses económicos y políticos del *establishment* estadounidense.

Así ocurrió originalmente cuando Obama lanzó su propuesta de *smart power*. Su propósito era cambiar el rumbo de la política exterior, trasladarla hacia el ámbito de la diplomacia y alejarla de la zona de conflicto y guerra de Bush. Aunque continuista en algunos temas, Obama logró transformar —con relativo éxito— la mentalidad de los estadounidenses, quienes a su arribo al poder ya habían pagado un precio alto en vidas humanas y déficit fiscal, desde que en 2003 Bush invadiera

Irak. Así las cosas, Obama ofreció retirarse de Irak (ya vemos hoy que a un muy alto costo) y de Afganistán. En el primer caso, cumplió su promesa; en el segundo, aún quedan tropas de entrenamiento en territorio afgano, no obstante haber disminuido la presencia militar estadounidense. Es pertinente alertar, sin embargo, sobre los riesgos que implica su inminente regreso a Irak dada la escalada de la organización terrorista Estado Islámico.

Por otro lado, la profundidad de la problemática que presenta el mundo global de hoy desde el inicio del siglo se ha recrudecido con la emergencia de múltiples brazos armados yihadistas (muchos de ellos llevados desde Occidente) que defienden su derecho a la verdad absoluta fuera de toda racionalidad. Siria, Irak, Irán, Arabia Saudita y en general todo el Medio Oriente, es el entorno de esta nueva guerra de posiciones entre sunitas y chiitas y, por tanto, entre Irán e Irak y de éste contra Siria. El ISIS puso en jaque al gobierno iraquí de Nuri al-Maliki, nunca tan querido en Washington y sustituido por Haider el-Abadi en agosto de 2014. La aparición del ISIS y su violento posicionamiento en la frontera entre Siria e Irak han provocado, en principio, una firme reacción del régimen chiita en Teherán, aun cuando éste juega la carta de una alianza con Estados Unidos a partir del interés mutuo por erradicar esta nueva forma de insurgencia yihadista.

Se trata de una crisis de enormes dimensiones que altera el orden regional, afecta la fallida transición en Irak y expone críticamente la seguridad global, pero sobre todo le impone a Washington un drástico cambio de estrategia en su agenda original, al verse forzado a efectuar bombardeos quirúrgicos contra los avances del ISIS.

A esta emergencia regional hay que sumar las agresiones que el presidente ruso Vladimir Putin ha emprendido contra otro orden regional estratégico para Occidente, Europa, en el nombre de un proyecto de recuperación de la Rusia imperial. Éstos son los desafíos que enfrenta Washington en 2014, tras haber intentado mostrar ante el mundo un rostro noble y amigable a partir de 2008.

Desde los atentados del 11 de septiembre y la invasión de Irak en 2003, hasta el día de hoy, a la luz de la emergencia de la insurgencia del extremismo islámico del ISIS, la política exterior estadounidense se ha encerrado a sí misma en un abismo de tremendas dimensiones. El mundo cambió y con éste las bases desde las que se desprenden los arreglos del orden internacional. Al tiempo que Obama arribaba en 2008 a la Casa Blanca con el proyecto político más progresista desde Franklin D. Roosevelt y William Clinton, diversos actores estatales y no estatales —no necesariamente como resultado del mutuo acuerdo— se propusieron imponerle un boicot a la “política inteligente” ideada por Obama con el propósito de resolver sus pendientes globales.

En particular, se percibía la necesidad de la Casa Blanca por atenuar los rencores antiestadunidenses acumulados después de décadas de intervencionismo protagonizado por Washington desde los años cincuenta. Obama guardaba (y creemos que aún lo hace) la convicción de que era sólo de esta forma, por la vía diplomática, en la que Estados Unidos se recuperaría del desprestigio en el que se empezaba a hundir su tradicional política hegemónica. Es decir, se trataba de ceder algo de su poder a cambio de mantener una posición preeminente en la organización y

funcionamiento del sistema internacional. Por lo tanto, Estados Unidos se ha visto obligado a tomar el pulso del entorno global desde una postura menos hegemónica y sin mesianismos agonizantes. Lo ha hecho desde una posición más realista y acorde con los nuevos tiempos del sistema internacional, que han ubicado a Washington en un relativo declive, lo que limita su efectiva actuación como actor solitario y vigilante del sistema global en el nuevo siglo. Es decir, se trataría de que Washington renunciara al papel unipolar que lo distinguió desde la guerra fría.

No obstante, en Washington (y en otras capitales de sus aliados occidentales) se consideraba, y aún se piensa así, que Estados Unidos, aunque debilitado, era aún un actor imprescindible para la conservación de un orden posterior a la guerra, con el cual había contribuido en forma proactiva desde 1945. El ejercicio constructivo de su poder internacional sería el faro que guiaría los destinos de un sistema de poder influido poderosamente por los valores occidentales implantados por Washington y sus aliados desde entonces.

A reserva de analizar con sumo detalle el futuro papel de China, Rusia y otros actores frente a Estados Unidos, adelantaremos que estamos quizá por presenciar la transición de la visión mesiánica estadounidense hacia otra más acorde (y quizá hasta idealista, dentro de su marco realista tradicional) con los tiempos del presente. El pronóstico sobre el éxito de esta estrategia es reservado, sobre todo si la ofensiva de contención militar en Medio Oriente contra el ISIS no rinde los frutos esperados.

Lo que sí resulta indiscutible es que asistimos a una disputa intensa y por demás crítica entre el presente y el pasado acerca de cuál sería el papel de Washington en la evolución o replanteamiento del orden global tal y como lo conocemos. Partiendo de este enfoque, Estados Unidos parece empezar a reconocer desde el corazón del poder y de su nuevo discurso que no se encuentra solo en el mundo y que, por ende, para la resolución de diversos problemas regionales o globales, se requiere de la intervención de diversos actores. Washington parece concluir que no resolverá todos esos problemas por sí solo, como tampoco el resto del mundo lo hará sin él.

Por su lado y atendiendo a otro frente de conflicto para Washington, Vladimir Putin insiste en no olvidarse del espíritu de la Rusia imperial que ha mantenido presencia en la vida política rusa desde Pedro el Grande. Es su gran misión. Cuentan los biógrafos del presidente ruso que, siendo el agente en jefe de la KGB en Dresde en los tiempos de la caída de muro, urgió al Moscú de Gorbachov a enviar tanques a la ignominiosa frontera artificial impuesta por los soviéticos, a fin de evitar su derrumbe y el posterior deshielo geopolítico. Moscú nunca le hizo caso y Putin quedó resentido, pero con planes futuros que ahora pretende hacer realidad. La autocracia de Putin que, aunque con realismo, pero también con hipocresía, ha sido aceptada por los aliados occidentales, está profundamente aderezada de sovietismo autoritario. Aunque haya logrado convencer a la Unión Europea y a Estados Unidos de ser un actor creíble y lograr así una alianza que hoy parece resquebrajarse, ya no puede disimular el doble rasero que ha caracterizado su larga permanencia en el poder. El presidente ruso es el único actor formal, legal y legítimo de gran importancia,

por ser éste el líder de una superpotencia, que se ha convertido en riesgo para la seguridad regional y global. Valga reiterar que esto ocurre en momentos en que la presidencia de Obama, por razones de supervivencia como actor preeminente en el orden global, ha cedido un tanto a sus antiguas pretensiones neoimperiales y ha implementado una estrategia diplomática conciliadora, de la cual parecieran querer sacar provecho actores estatales y no estatales (como Moscú, Al Qaeda y el ISIS), que han visto en esto —erróneamente— signos de debilidad total de Estados Unidos.

La apropiación de Crimea por parte de Rusia en marzo de 2014, su apoyo no disimulado a los separatistas pro rusos ucranianos y su acoso militar, económico y político a este país que aún cree suyo, son algunos botones de muestra de esto. Todo se agrava con el derribo del avión comercial de Malaysia Airlines en julio de 2014, que ocurrió en el mismo perímetro del conflicto en que cayeron dos cazas ucranianos derribados la semana previa por las poderosas baterías antiaéreas que Moscú entregó a los separatistas, entre otro equipo militar de alta tecnología.

¿Cuáles son los límites que impone esta inesperada crisis tanto para Washington como para su aliada la Unión Europea? Estimamos que estos límites serán, por un lado, los que ya enfrenta el propio Putin, para quien —hasta la escritura de esta introducción— no parece quedar claro cuándo abandonará de forma definitiva el acoso al gobierno ucraniano a través de una guerra que parece del pasado. De los ulteriores pasos de Moscú dependerá hasta dónde la Unión Europea y Estados Unidos recurrirán a sanciones económicas mayores a las anunciadas por la Unión Europea en julio y agosto de 2014. Se trata de un castigo que haría perder a Rusia diez mil millones de euros al año y que propone impedir el acceso de la banca pública rusa al capital europeo, un embargo de armas, un alto a la venta de bienes de uso civil y militar, así como de la venta de tecnologías para sectores sensibles, como el energético.

Por otro lado, están los límites que Washington enfrenta. Si bien Obama se propuso desde el principio el retiro de los frentes de guerra en Irak y Afganistán, y se planteó una estrategia no intervencionista en la primavera árabe, hoy recibe una enorme presión desde adentro y afuera para intervenir en la guerra civil de Irak y en el conflicto en la franja de Gaza. Obama sabe que Putin juega osadamente con la estabilidad del acuerdo del P5 + 1, del que forma parte y por el que se depende de Moscú, dada su asociación estratégica con Irán y China.<sup>2</sup> En este y otros escenarios descansan las posibilidades del futuro poder que Washington ejerza, manteniendo sus posiciones estratégicas, recuperándose internamente de la crisis económica, al tiempo que evita la exacerbación de conflictos que podrían llegar a una conflagración mayor con riesgos muy altos para la estabilidad del sistema internacional del que ha sido puntal histórico. La solución a esto no sólo la tiene Washington, sino todos sus aliados, socios e incluso sus enemigos.

<sup>2</sup> El P5 + 1 está conformado por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, China, Rusia y Alemania. Se trata de un compromiso que obliga a Irán a disminuir hasta un 5 por ciento su producción de Uranio 235 y a las potencias a levantar sanciones económicas a Teherán por un monto de siete mil millones de dólares, más treinta mil millones que recuperaría Teherán como fruto del levantamiento de sanciones a sus exportaciones petroleras.

En este marco, este volumen trata, por un lado, de indagar y definir hasta dónde el poderío de Estados Unidos requiere mayores gastos destinados al mantenimiento del aparato militar; por el otro, hasta qué punto esta misma lógica terminará diezmando el dinamismo económico y, a fin de cuentas, las capacidades neoimperiales. No sería ésta la primera vez que una superpotencia, en apariencia invencible, se derrumba justo después de haber alcanzado su cenit. Después de todo, como diría Rousseau, si Esparta y Roma perecieron, ¿qué Estado dominante puede durar por siempre? De aquí nuestro interés colectivo por indagar sobre la temporalidad de la decadencia del poder hegemónico de Estados Unidos, que muy bien podría convertirse en una discusión del siglo xxi.

Los párrafos anteriores enmarcan la compleja trama de temas y debates que se abordan con mayor profundidad en este libro colectivo al que hemos titulado *Estados Unidos y los principales actores de la reconfiguración del orden mundial en el siglo xxi*. La obra se compone de trece artículos, agrupados a su vez en tres partes. En la primera, se discuten las grandes líneas de la política interior y sus efectos pertinentes en la política exterior; especial atención merecen dos aspectos: la no siempre fácil relación con los organismos internacionales y el uso del dólar como divisa dominante.

En la segunda parte, se estudian las relaciones de Estados Unidos con dos potencias tradicionales (Japón y la Unión Europea) y dos emergentes (China y Rusia), y se discute el tema de la posible declinación estadounidense, a la luz de sus vínculos con estos actores. En la tercera parte, se profundiza en los efectos de los cambios en el sistema internacional en América Latina y México. Por un lado, se analizan las consecuencias de la reciente irrupción de China en las relaciones interamericanas. En el caso mexicano, se analizan las implicaciones del cambio simultáneo de administraciones, los problemas del TLCAN y la dimensión migratoria.

La primera parte inicia con un texto de Luis Maira, reconocido por propios y extraños como uno de los pioneros de los estudios sobre Estados Unidos en América Latina. Maira analiza qué factores llevaron a Estados Unidos a ser una potencia mundial y cuáles se mantienen. Con ese objeto, el autor nos presenta su perspectiva de lo que fueron “las características muy especiales que convirtieron a Estados Unidos en potencia”, revisando la historia de dicho país entre 1776 y 2008. A partir de su análisis, destaca que a pesar del renovado liderazgo mundial de Estados Unidos, impulsado por su recuperación económica durante la presidencia de Reagan, comenzó a ser evidente que —aun a la luz del colapso de la URSS— ya no tenía la ascendencia para “impulsar ordenamientos” como los posteriores a la segunda guerra mundial. En vista plena de este trasfondo histórico, Maira da voz a las dos partes del debate, declinacionistas-hegemonistas. Al final del capítulo queda claro cuál es lado del debate que coincide más con la interpretación histórica del autor.

El trabajo de José Luis Valdés-Ugalde analiza, a la luz de la segunda reelección presidencial de Barack Obama en 2012, las vinculaciones entre las políticas exterior e interna de Estados Unidos. En este capítulo se identifica una fuerte tensión entre el discurso excepcionalista, las proyecciones hegemónicas de esa potencia y el

deterioro en las formas de articular consensos por parte de la clase política estadounidense. En ese crítico triángulo, la estrategia de *smart power* de Obama y la continuidad de la primacía estadounidense en el siglo XXI están crecientemente condicionadas por el debate interno y las posturas retrógradas del Partido Republicano y sectores sociales afines a éste. A pesar de tales posturas y sus impactos negativos en materia de política exterior, el autor duda que un mundo posestadunense esté en gestación. Al relativizar los alcances económicos, políticos y diplomáticos de potencias emergentes como el BRICS, Valdés-Ugalde considera que el sistema internacional emergente se conformará vía posicionamientos pluridominantes y semihegemónicos, en los que Estados Unidos seguirá siendo muy importante.

En consonancia con el capítulo precedente, David Mena analiza los fundamentos filosóficos del diseño institucional estadounidense que dan sustento a lo que identifica en su capítulo como estructura de suboptimalidad política. Descansa en la teoría normativa de Dahl para cuestionar restricciones al alcance de las decisiones de la mayoría, así como al alcance del proceso democrático en sí. Asimismo, recurre a los estudios de política comparada que desde los años noventa comenzaron a poner al descubierto graves rezagos en materia de bienestar en Estados Unidos respecto de sus contrapartes europeas y que han llevado a comparativistas como Stepan y Linz a concluir que la creciente desigualdad estadounidense es causada por instituciones “restrictivas de la mayoría” e “inductivas de la desigualdad”. De cara al debate entre declinacionistas y hegemonistas, la perspectiva que ofrece el texto de Mena es la de un actor hegemónico que ni siquiera presume a los que le disputan su hegemonía que entre sus principales virtudes está la de ser un país igualitario.

Una vez establecidas las grandes coordenadas de la política exterior y sus raíces internas, el libro se traslada al análisis de las dimensiones económicas del poderío estadounidense. En su capítulo, Víctor M. Cuevas Ahumada estructura un argumento a partir de dos preguntas: ¿se verá afectado el dólar estadounidense por la recesión global financiera de 2008 y sus secuelas? ¿Habrá una disminución en las capacidades económicas de Estados Unidos? El autor responde con un tajante “no” a ambas preguntas. Para fundamentar su negativa, Cuevas propone un amplio estudio sobre la influencia mundial del dólar estadounidense a partir de cuatro aspectos: la estabilidad macroeconómica, el respaldo productivo y comercial, la influencia financiera y los beneficios sistémicos que Estados Unidos recibe por la utilización del dólar como divisa internacional. Haciendo un análisis comparativo y empírico frente al euro, divisa que ocupa el segundo lugar en el sistema monetario global, Cuevas Ahumada llega a la conclusión de que la primacía del dólar estadounidense está lejos de superarse, a pesar de los innegables problemas de la economía estadounidense.

Laura Zamudio González analiza una modalidad de institución de autoayuda global, prohijada y financiada por Estados Unidos: las organizaciones internacionales gubernamentales (OIG). Creadas por los Estados para atender asuntos de la agenda global, generan a su vez nuevas OIG sin que intervengan los Estados. La autora destaca que éstas tienen una agenda propia, se autorregulan a partir

de criterios profesionales y no necesariamente tienen que rendir cuentas a otras entidades. Esto las hace poco susceptibles de ser controladas por Estados Unidos o cualquier otro Estado. Asimismo, comparten las características de cualquier otra organización: compiten por recursos, influencia, sufren pugnas de poder internas y pueden ser colonizadas por intereses particulares. Esto puede hacerlas parecer caóticas. La autora reconoce que el protagonismo global de las OIG contrasta con el poco conocimiento que se tiene de éstas y que sólo hasta hace poco han estado en la mira de los internacionalistas.

La segunda parte del volumen se compone de una serie de análisis empíricos de relaciones bilaterales clave, a partir de las cuales se discute la continuidad hegemónica de Estados Unidos. Esta parte inicia con el capítulo de Arturo Santa Cruz, quien analiza las dimensiones del poderío estadounidense ante lo que él llama “la encrucijada de China”. Santa Cruz parte de la consideración de Pekín como un actor central en la organización del orden del siglo XXI. Si bien reconoce que la historia de las potencias emergentes en el sistema internacional siempre ha conllevado algún grado de tensión y de violencia, argumenta que esto no será difícil que ocurra en el caso de China como actor emergente y miembro destacado del BRICS. El notable crecimiento de China la convierte en un actor de gran influencia y en un jugador que ya puede alternar con Estados Unidos, pero también la mantiene cautelosa. Resalta la importancia de revisar el comportamiento de este país en el escenario internacional, desde que inició su proceso de reformas económicas para obtener algunas pistas sobre sus transformaciones políticas y su comportamiento futuro. Esto es, el efecto de las transformaciones políticas en el imperio central no es un asunto que concierna sólo a sus habitantes, sino a todo el mundo.

Juan José Ramírez Bonilla analiza la alianza niponaestadunidense durante el cuatrienio 2009-2012 en el que el Partido Democrático de Japón (PDJ) estuvo en el gobierno. A pesar de algunos logros importantes durante su gestión, el PDJ perdió el apoyo popular, lo que lo llevó a dividirse, perder la mayoría en la Dieta y a tener que convocar a nuevas elecciones. Ramírez Bonilla plantea que hay ciertos deberes que los gobiernos nipones deben cumplir con su principal aliado (Estados Unidos), para a su vez enfrentar otros deberes consigo mismos. Pero su estudio advierte otra restricción adicional: que las concesiones hechas a Estados Unidos no sean gravosas para el electorado; de otro modo, sin apoyo electoral, ningún partido logrará sus propósitos. Aunque el autor destaca que el PDJ no aprovechó oportunidades clave en su haber, el contexto en el que operó es uno en el que se refuerzan las presiones de Estados Unidos sobre Japón para compensar la erosión que ha sufrido su hegemonía en la región asiática.

El capítulo de Armando Rodríguez Luna analiza la relación de Estados Unidos con Europa. En las últimas décadas, en particular durante la guerra fría, este vínculo fue un factor clave en la política exterior de Estados Unidos y en la consecuente estructuración del orden mundial. Para contextualizar la relación actual, en este trabajo se analizan los alcances y las limitaciones de dos políticas que, más allá de la economía, deberían ser centrales en la construcción de la Unión Europea: la política exterior y de seguridad común (PESC) y la política de vecindad europea (PVE).

Rodríguez Luna concluye que la Unión Europea reduce su dependencia frente a Washington en materia de seguridad y defensa, y subraya que países como Alemania y Francia han tomado cierta distancia frente a Estados Unidos; niega, sin embargo, que estos procesos erosionen la hegemonía de Washington. El aprecio por la democracia y el libre mercado, el compartir cargas militares en algunos conflictos y el compromiso común para mantener la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) son elementos que apuntan hacia la continuidad de la alianza noratlántica.

Para finalizar la segunda parte, Ana Teresa Gutiérrez del Cid da cuenta del reposicionamiento de Rusia en Europa, logrado en la última década. El gas es lo que produce los reacomodos geopolíticos, recurso del que Rusia dispone en abundancia. La autora advierte que, para procurarse una amplia capacidad de negociación, Rusia ha realizado cortes del suministro de ese energético en la región, cuya consecuencia ha sido la deserción de los países líderes de la Unión Europea del esquema de negociación colectiva, abandonando así a su suerte a los países débiles para negociar directamente con Rusia sus suministros de gas. Este desamparo ha concitado el solícito apoyo de Estados Unidos para nivelar el terreno de juego de los países de Europa oriental con Rusia; no obstante, la autora advierte que la política estadounidense para dicha región ha sido errática, lo que —de cara al debate sobre la hegemonía de Estados Unidos— sugiere que la presencia de ese país en la Europa posterior al colapso de la URSS dista mucho de equipararse a la alcanzada en la guerra fría.

La tercera y última parte del libro analiza las proyecciones del poderío estadounidense en América Latina y México, áreas de influencia tradicional del país hegemónico. En el caso de América Latina, José Luis León-Manríquez analiza los contornos del poderío estadounidense, de cara a la reciente emergencia de China como un actor económico de gran relevancia en la región. El autor ofrece un análisis de los diferentes momentos de acercamiento y alejamiento de Estados Unidos con América Latina, desde el siglo XIX a la fecha. Posteriormente, analiza la evolución económica y política sufrida por los países latinoamericanos desde principios del actual siglo, así como la incapacidad mostrada por Washington para entenderlos plenamente y diseñar una política latinoamericana que trascienda el Consenso de Washington y el libre comercio. El autor concluye con un examen de las respuestas de Estados Unidos ante la presencia de China en el hemisferio occidental, que fluctúan entre una vigilante tolerancia y un llamado a contener la expansión latinoamericana de Pekín. Aunque León-Manríquez estima fragmentado y afectado el poder estadounidense en el frente regional, concluye que aún está lejos la pérdida de poder absoluto de Estados Unidos en el orden internacional.

Para iniciar los tres análisis específicos del caso de México, Leonardo Curzio destaca la coincidencia, cada doce años, de las elecciones presidenciales en Estados Unidos y este país. El juego de expectativas que esta convergencia decenal despierta —argumenta el autor— no tiene un patrón preestablecido. Es desigual tanto en las expectativas de cambio, como en los resultados. En algunos casos, las primeras crecen de manera importante, como sucedió con Carlos Salinas de

Gortari-George Bush padre y con Vicente Fox-George W. Bush hijo, quienes coincidieron como presidentes electos. Las altas expectativas estarían repitiéndose con la elección de Enrique Peña Nieto y la reelección de Barack Obama en 2012. Entre los temas de análisis de Curzio están la seguridad, integración y comercio y migración. Concluye que el momento es complicado para Peña Nieto, tanto por el problema de la credibilidad acerca de sus credenciales democráticas, como por el hecho de que la creciente violencia e inseguridad en México deteriorarían aún más los lazos y los acuerdos sobre políticas comunes sobre éste y otros temas.

Por su parte, Federico Novelo Urdanivia explora las dimensiones de la hegemonía estadounidense en el espacio de la integración económica en su área inmediata de influencia. Al analizar el TLCAN y sus efectos sobre México, Novelo argumenta que dicho instrumento comercial ya ha alcanzado sus límites. Al contrario de lo que se esperaba a principios de los años noventa, las posibles ventajas para el desarrollo económico mexicano han sido opacadas por sus desventajas. A pesar de las altas expectativas que creó el TLCAN, éste ha permanecido en el primer estadio de las integraciones económicas (zona de libre comercio). Novelo Urdanivia sostiene que la propia estructura del tratado, sumada a la falta de políticas que promuevan con mayor asertividad las exportaciones y la integración del aparato industrial mexicano han obstaculizado la competitividad del país. Por último, el autor afirma que el TLCAN difícilmente propiciará una nueva política migratoria en Estados Unidos, aunque sí incorporará a México a la órbita de la seguridad estadounidense, vía la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN).

La tercera parte y el libro en general concluyen con el artículo de Leticia Calderón Chelius, quien estudia cómo la migración afecta la relación entre Estados Unidos y México. El argumento principal de este trabajo señala que el intercambio social, cultural y económico que ha generado la migración concentra muchas de las experiencias más importantes para ambos países, a lo largo de más de un siglo. Calderón Chelius considera que, por encima de cualquier otro tema, la migración es un termómetro fundamental para entender la relación de ambos países y subraya que, al igual que Estados Unidos, México también tiene una política migratoria cuya agenda no necesariamente comparte con sus vecinos del Sur, particularmente con los países centroamericanos. Se refiere a la propuesta de reforma migratoria de Obama y concluye que ésta no puede esperarse como un mecanismo que resolvería los grandes pendientes que sobre el particular existen entre México y Estados Unidos. El hecho de que, por distintas razones, el gobierno mexicano no esté incluido en el debate significa que la naturaleza estructural de este pendiente bilateral queda y quedará ausente por largo tiempo, incluso si dicha reforma se aprobara.

A reserva de las reflexiones que se extraigan durante y después de la lectura del presente volumen, enseguida nos permitimos adelantar algunas líneas de reflexión (necesariamente preliminares) que sean útiles para interpretar el fascinante rompecabezas que hoy en día constituye la hegemonía estadounidense. Estas reflexiones abarcan, en principio, los desafíos internos, las dimensiones temáticas de la influencia planetaria de Estados Unidos (incluyendo el *soft power*), sus implicaciones regionales y —dado que el poder siempre se ejerce frente a *otro* u *otros*—

las capacidades e intenciones contrahegemónicas de los actores alternativos. Es necesario discutir estas dimensiones en la medida en que —intencional y afortunadamente— quienes participamos en este libro no compartimos una sola ideología, formación académica o institución de trabajo. Es precisamente debido a esta diversidad por lo que la discusión colectiva resulta de enorme interés.

En cuanto a la dimensión interna, varios capítulos de la primera parte consideran que el sistema político estadounidense enfrenta una crisis estructural. Otrora ejemplo de representatividad, creatividad y fluidez para obtener acuerdos, la *polis* estadounidense luce hoy como una vieja casona despintada y pletórica de grietas. En el llamado “presidencialismo federal” es notable una disfuncionalidad que se expresa en la parálisis permanente, la obsolescencia de mecanismos como el Colegio Electoral y la sobrerrepresentación de grupos radicales, como el Tea Party. El cuestionamiento sobre las proyecciones internacionales de esas tribulaciones internas aparece de inmediato: ¿puede evitarse que los vetos mutuos y el protagonismo institucionalizado de los sectores más viscerales del espectro político resten coherencia a las posturas internacionales de Estados Unidos? ¿Es sustentable la hegemonía cuando las bases políticas son débiles? Los diversos autores coinciden en afirmar que la respuesta a ambas preguntas es negativa.

La economía parecería haberse convertido en otro talón de Aquiles de la hiperpotencia, en particular a partir de la Gran Recesión. Varios capítulos del libro reconocen que, si bien Estados Unidos aún es la principal economía del mundo, su preponderancia ha venido a menos, sobre todo si se la compara con el empuje de China. Esta observación se realiza, en general, con base en la evolución del producto bruto mundial (PBM) en las décadas recientes: si Estados Unidos concentraba casi la mitad de este indicador en 1946, en la actualidad la proporción apenas rebasa el 20 por ciento. A partir de ése y de otros parámetros, como la deuda externa y el déficit fiscal, existe poco espacio para dudar de la caída económica de la hiperpotencia; sin embargo, otras contribuciones recuerdan —sin negar los sufrimientos económicos de Estados Unidos— que este país sigue siendo el prestamista de última instancia y uno de los líderes tecnológicos del mundo, y documentan la capacidad financiera y la continuidad de uso del dólar como principal divisa en la economía internacional.

En el plano de la política exterior, los contornos de la hegemonía estadounidense también son difusos. Los trabajos de la segunda parte del libro identifican dos grandes piedras en el zapato estadounidense: Rusia y China. Ambas potencias no sólo no comparten el entusiasmo estadounidense por los sistemas políticos pluralistas, sino que muestran posturas divergentes en conflictos como el de Corea del Norte y Siria. También aparecen a lo largo del volumen las dimensiones regionales en ciertas áreas del mundo. En Medio Oriente, como ya se señaló, la primavera árabe está en vías de convertirse en un invierno integrista, ante la impotencia de Estados Unidos para hacer prevalecer sus intereses por vías no militares —e incluso mediante éstas—. Ante los avances rusos en Ucrania, la oposición de Estados Unidos y Europa lucen más bien como mero testimonio, a pesar de la sincronía en la condena y las sanciones simbólicas a Rusia. En América Latina, el surgimiento

de gobiernos de izquierda, la frustrada formalización de una integración panamericana y el tercerismo en la política exterior de algunos países ilustran la erosión del tradicional dominio estadounidense sobre el continente.

Estas realidades revelan, en efecto, un desgaste de la hegemonía estadounidense, pero de ninguna manera resultan suficientes para diagnosticar inequívocamente la enfermedad terminal de la hiperpotencia. Así, uno de los textos documenta que, pese a su ambigua relación con los organismos internacionales, Estados Unidos aún ejerce un claro dominio sobre instituciones clave como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, además de mantener su poder de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU. Washington conserva al mismo tiempo una importante capacidad de maniobra frente a sus aliados tradicionales. A pesar de ciertas diferencias en materia de seguridad con la Unión Europea y de los recientes intentos japoneses para desmarcarse discretamente de la tutela de Washington, los autores de los dos últimos trabajos incluidos en la segunda parte argumentan que ambas coaliciones permanecen, en lo fundamental, incólumes.

El caso de México, objeto de análisis en la tercera parte del volumen, documenta y refuerza esta visión: los últimos tres capítulos coinciden en afirmar, de diversas e indiscutibles maneras, que Estados Unidos conserva la voz cantante en la relación bilateral con su vecino del Sur. Tanto en las cuestiones políticas y de seguridad, como en el comercio y la migración, México aparece frente a Estados Unidos como un *decision taker*, más que como un *decision maker*. En este sentido, México transita en contrasentido de los procesos de autonomización en países clave de América del Sur, proceso que se documenta en el primer capítulo de la tercera parte.

En lo militar, la hegemonía estadounidense es menos cuestionada, pues las cifras no mienten: el gasto del aparato bélico de Estados Unidos rebasa con holgura al de cualquier otra potencia, e incluso al de todas *juntas*. En 2012, Estados Unidos desembolsó casi el 40 por ciento del gasto militar mundial, seguido por China (un 9.5 por ciento), Rusia (un 5.2 por ciento), Reino Unido (un 3.5 por ciento) y Japón (un 3.4) (SIPRI, 2013). Eso no significa que Estados Unidos sea un ente militar todopoderoso. De hecho, algunos de los conflictos ya mencionados (Afganistán, Irak, Ucrania, Siria) revelan la drástica imposibilidad estadounidense de utilizar a tope su aparato bélico. A diferencia de George W. Bush y sus asesores, que explícitamente pensaban que Estados Unidos era capaz de librar varios conflictos mayores a la vez, Obama y sus operadores diplomáticos no ignoran los costos estratégicos y económicos de esa opción; sin embargo, insistimos, la aplicabilidad del multicitado *smart power* ha resultado muy limitada para zanjar conflictos regionales específicos.

En el ocaso del tercer lustro del siglo XXI, la hegemonía de Estados Unidos bien puede caracterizarse, parafraseando a los viejos marxistas, como un fenómeno de desarrollo “desigual y combinado”. La supremacía estadounidense se asemeja a un queso gruyere, una estructura sólida, pero con muchos huecos. Tales espacios representan cambios *en* la estructura del sistema internacional, pero no implican un inminente cambio *de* estructura. Queda pendiente, de todos modos, la tarea de pensar cuántos cambios en la estructura se necesitan para precipitar un cambio de estructura.

¿Es irreversible la caída de Estados Unidos y el ascenso de otros poderes? El consenso —parece ser— es que no hay consenso. Probablemente ésa sea la conclusión central que emerge al contrastar las distintas secciones de esta obra. Tal es, empero, sólo una de las interpretaciones posibles. No ahorraremos a los lectores la tarea de escudriñar este y otros libros con espíritu crítico y construir, a partir del conocimiento adquirido, sus propias conclusiones.

**Fuentes**

CLARKE, JONATHAN y STEFAN A. HALPER

2007 *The Silence of the Rational Center*. Nueva York: Basic Books.

COLBY, ELBRIDGE y PAUL LETTOW

2014 “Have We Hit Peak America? The Sources of US Power and the Path to National Renaissance”, *Foreign Policy* (julio-agosto), en <[http://www.foreignpolicy.com/articles/2014/07/03/have\\_we\\_hit\\_peak\\_america](http://www.foreignpolicy.com/articles/2014/07/03/have_we_hit_peak_america)>.

HUNTINGTON, SAMUEL

1988-1989 “The U.S.-Decline or Renewal?”, *Foreign Affairs* 67, no. 2 (invierno).

NYE, JOSEPH

2011 *The Future of Power*. Nueva York: Public Affairs.

SIPRI

2013 *Military Expenditure Database*. Estocolmo: SIPRI.